

CUADERNOS

Orar en Cuaresma

GEMA JUAN, CARMELITA

- 04** Orar no es importante
- 05** Orar en cuaresma
- 06** En la escuela de la oración
 - 1) Vida, afinidad y condiciones.
 - 2) Conocimiento e identidad.
 - 3) La gratuidad.
- 09** Un par de contradicciones
 - 1) Misteriosamente humana
 - 2) El tiempo
- 12** El amor
- 13** Sentir a Dios y hablar a Dios
- 14** Bartimeo: el deseo de ver
- 14** Solidaridad: entrar en la corriente
- 15** Amigos y arreglos
- 16** En toda ocasión
- 17** Conclusión

Los CUADERNOS CENTRO ARRUPE quieren dar a conocer y difundir la reflexión que se realiza en el Centro Arrupe de Valencia, así como ayudar a otras personas y grupos que pueden encontrar en estos CUADERNOS un material de interés.

@ Centro Arrupe Jesuitas - Valencia

Gran Vía Fernando el Católico, 78 – 46008 Valencia

centroarrupe@centroarrupe.com

Centro Arrupe 2014-2015

ihs **CENTRO ARRUPE**
JESUITAS VALENCIA

Toda la información **actualizada** de las actividades de este curso en **www.centroarrupevalencia.org**



En esta reflexión sobre la oración, nos acompañará Teresa de Jesús, como maestra de oración. Teresa es maestra por el hecho de que respira su fe desde el evangelio y el seguimiento de Jesús.

Empezamos con unas palabras suyas, que nos ponen en la onda en la que nos vamos a mover:

No es otra cosa oración mental –a mi parecer– sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama. (V 8, 5)¹

Podemos ir con nuestra mente un instante y pensar qué es para nosotros la amistad. No de un modo abstracto. Con rostros, con nombres... ¿quién es amigo nuestro y para quién somos nosotros un amigo verdadero? Y ¿cómo sabemos que somos amigos? Pensar en qué sentimos que se apoya la amistad y cómo la mantenemos.

Cuando queramos reflexionar sobre la oración y tomarle el pulso, si queremos avanzar, profundizar un poco en ello, la pregunta primordial debe ir por ahí: hemos de preguntarnos por la amistad. Y si respondemos a esas preguntas sencillas y claras, tendremos muchas respuestas de nuestra vida de oración.

Todo lo demás es andar por las ramas. Mirado con un punto de radicalidad, se puede decir que lo único que nos construye desde lo profundo, es decir, de verdad, lo único que nos hace, es la relación, las relaciones de nuestra vida. Y cómo y con quién las vivimos nos va transformando. Por ello, cuanto digamos de la oración, es válido para las relaciones humanas y viceversa.

Lo primero que hemos de considerar es que orar es vivir en relación. Si seguimos el rastro de Jesús en los evangelios, tanto cuando ora a solas, como cuando lo hace con sus compañeros, como cuando está en contacto con los demás, veremos que todo es comunicación, que la vida de Jesús es una vida en relación.

.....

¹ Estas son las siglas empleadas para las obras de santa Teresa: V: Libro de la Vida, C: Camino de Perfección- Valladolid), CC: Cuentas de Conciencia; F: Libro de las Fundaciones, M: Las Moradas; MC: Meditación de los Cantares. Tomadas de las Obras Completas, 5ª ed., Madrid, Editorial de Espiritualidad, 2000.

Y, por eso, cuando la oración es algo añadido a la vida, no acaba de funcionar. No se es amigo por un rato; lo somos siempre, aunque no siempre estemos juntos ni pensando en ello. Las relaciones no son un añadido, son nuestra manera de ser y de vivir. Esto siempre es sencillo de entender, si lo vemos desde las relaciones humanas.

Me gusta recordar algo que decía un jesuita, Isidre Ferreté. Decía él que más que tener fe es la fe la que nos tiene a nosotros. Hizo diana. Eso sucede con la oración: ni tenemos ni hacemos oración, si la oración no nos tiene. Es decir, si no hay una relación real y continua que nos coge, si la amistad no ha prendido en nuestra vida; si la oración no es lo que debe ser: la vida en relación.

ORAR NO ES IMPORTANTE

Después de esto, y para ir entrando en el tema propuesto: orar en cuaresma, quiero decir que esto de orar no es importante. Orar no es importante... orar es algo que merece la pena. Y si hubiera que apurar, en todo caso, podríamos decir que esto de orar es algo esencial: algo que pertenece al fondo común humano.

Oramos más de lo que creemos pero disfrutamos mucho menos de lo que podemos. Y por eso, Teresa puede acompañar, porque enseña a disfrutar de la amistad con Dios.

A fuerza de insistir en que orar es muy importante y todas las cosas que se suelen decir para advertir de lo necesario que es orar, a base de repetir eso, casi se estropea la oración.

Porque, de ese modo, la oración empieza a convertirse en una responsabilidad, en una pequeña obligación, en algo que hay que hacer. Y eso deshace una relación. Orar no puede entrar en la categoría de 'cosas importantes que hay que hacer'.

Las cosas valiosas de la vida, las relaciones que amamos no entran en esa categoría de 'cosas importantes que hay que hacer'. Están en otra zona de nosotros, donde están las elecciones básicas, las cosas que tenemos integradas como nuestras realmente. Están donde se encuentra lo más entrañable para nosotros, que es lo que va configurando nuestra persona.

Si la oración no está en esa zona, si es algo que practicamos, un añadido que hacemos de vez en cuando, nos descubriremos haciendo esfuerzos o propósitos con fecha de caducidad muy corta. Y, además, disfrutaremos muy poco. O bien, si tenemos una gran fuerza de voluntad (o un buen horario) y perseveramos, terminaremos preguntándonos por qué, después de orar durante muchos años, nuestro corazón no se parece un poco más al de Jesús.

El Papa Francisco en el mensaje de cuaresma, recordaba que la cuaresma es un camino de formación del corazón e invitaba a rezar así: haz nuestro corazón semejante al tuyo. Si la oración es lo que debe ser, si es una relación auténtica, nos transforma.

Y con esto, podemos entrar de lleno en el tema. Esta reflexión no va a decir, seguramente, nada muy novedoso, porque las cosas de la fe, las cosas de lo profundo suelen ser muy elementales, tienden a la simplicidad. Otra cosa es que nosotros tenemos muchas compli-

caciones y necesitamos explicaciones y damos vueltas a las cosas y, en cada momento de la vida, necesitamos iluminar más un aspecto diferente.

Pero, en sí mismo, y es bueno recordarlo, las cosas de Dios tienden a la sencillez, seguramente porque Dios es lo que ahora llamarían un facilitador, a todos los niveles. Y lógicamente, un facilitador no monta un sistema de relaciones complicado.

[Este no es el lugar, pero la idea apunta también a la necesidad que tiene de renovación la liturgia de la Iglesia; la necesidad de que la oración de los amigos de Jesús, que se reúnen en torno a Él, recupere su sencillez.]

ORAR EN CUARESMA

La ocasión de renovar la oración en este tiempo de cuaresma es una invitación preciosa. Porque la oración siempre propone un paso adentro en la alegría y lo propio de la cuaresma es recuperar la alegría, contra lo que cuenta, a menudo, el imaginario religioso. La cuaresma parecía el momento de las restricciones, una arrugadora de alegrías, cuando en realidad es una desplegada de ellas.

En los primeros días de cuaresma, leemos un texto de Isaías que es estremecedor, porque apunta directo a la alegría más profunda.

«Así dice el Señor:

Parte tu pan con el hambriento, hospeda a los pobres sin techo, viste al que ves desnudo, y no te cierres a tu propia carne.

Entonces romperá tu luz como la aurora, en seguida te brotará la carne sana; te abrirá camino la justicia, detrás irá la gloria del Señor.

Entonces clamarás al Señor, y te responderá; gritarás, y te dirá: «Aquí estoy. »

Cuando destierres de ti la opresión, el gesto amenazador y la maledicencia, cuando partas tu pan con el hambriento y sacies el estómago del indigente, brillará tu luz en las tinieblas, tu oscuridad se volverá mediodía». (Is 58, 7-10)

Lo que dice Isaías es que podemos experimentar que la luz sale de dentro de nosotros mismos, que nos nace carne sana –todos tenemos partes muertas en nuestro interior– y que se abre un camino; podemos sentir a Dios cobijando y sosteniendo la vida. Y –dice el profeta– esa experiencia la hacemos cuando vivimos en relación.

Cuando Isaías dice: «No te cierres a tu propia carne», está diciendo: no rompas la relación, vive abierto, date cuenta de lo que sucede alrededor. Solo así se puede percibir al hambriento y sentir la desnudez de los demás... bendecir, oponerte a la opresión, y así se puede entrar en la alegría.

La cuaresma habla de esto, de iluminar la vida, de esclarecerla un poco más, de sanearla, de dejar que rebrote lo bueno y sentir que está en las mejores manos. Si hay una buena

escuela para aprender a vivir abiertos y a vivir en relación, es la de la amistad con Dios, la escuela de la oración.

EN LA ESCUELA DE LA ORACIÓN

Hasta el fin de la vida, las relaciones nos mantienen en continuo aprendizaje. Nunca está todo hecho, siempre surge algo que hace ir más adentro o estar de una forma nueva. Por esto también, la oración es una escuela. No lo sabemos todo, no podemos saberlo porque estamos en permanente cambio... a no ser que hayamos entrado en una especie de stand by, que es estar ahí sin más, sin movernos, sin crecer.

Podemos ver tres puntos, muy generales, que cubren el arco en el que nos movemos. Pensar en ello para volver a sentir por qué vale la pena andar en oración y permanecer en la escuela de la relación.

1) Vida, afinidad y condiciones.

Hay una experiencia teresiana que, seguramente, todos conocemos y que de un modo u otro, en algún momento podemos suscribir. Contaba Teresa que, en un momento de su vida, había llegado a sentir un cansancio inaguantable «de haber tan mal vivido». Para muchos de nosotros, ese tan mal vivir puede que no sea una situación moral muy estridente y negativa. Tan mal vivir puede ser vivir a medio gas en todo, de modo que en todo se malvive, ese stand by, ese no-vivir en realidad porque se va dejando pasar de largo lo mejor.

Eso es lo que Teresa experimentó: «Deseaba vivir (que bien entendía que no vivía, sino que peleaba con una sombra de muerte) y no había quien me diese vida, y no la podía yo tomar» (V 8, 12). Y en ese contexto, cuando se refiere a la oración y vuelve a ella, lo que dice es: «Por aquí se remediaron todos mis males». Volver a la oración, a la amistad con Jesús, la sacó de esa vida insípida.

Esto quiere decir que retomar la relación con Él nos hace salir de cualquier presente, para ir a otro mejor. Nos impide estancarnos.

Y hay algo más, que entronca con eso de cambiar el corazón. Teresa dirá que «para ser verdadero el amor y que dure la amistad, hanse de encontrar las condiciones» de los que se relacionan.

Sin encuentro de condiciones no hay amistad y no hay oración. Sin la afinidad profunda de los amigos –eso es el «encuentro de condiciones»–, la amistad dura muy poco o es muy frágil, la oración decaerá en seguida.

Cuando se trata de orar, hay un desfase importante, porque Dios es todo bueno, y eso solo lo es Él. Pero Teresa anima, diciendo: «Viendo lo mucho que os va en tener su amistad y lo mucho que os ama, pasáis por esta pena de estar mucho con quien es tan diferente» (V 8, 5). No es fácil, a veces, ponerse en la línea de Dios, en la línea del amor, pero merece la pena estar con Él, porque es el modo de alinearse.

Por eso, para que dure la amistad, a veces hay que hacerse un poco de fuerza y por ese pequeño empeño «por esta fuerza que se hacen a querer estar en tan buena compañía», Dios da la fortaleza necesaria para permanecer y enfrentarse a las dificultades, para sintonizar la vida con Él.

Para orar, hay algunas cosas imprescindibles –que no debemos dar por sentado– las que lo son para cualquier relación auténtica: amor, libertad y sinceridad. [A Teresa, sus hermanas le piden que les hable de oración y entonces, dedicará los diecinueve primeros capítulos de Camino de Perfección, donde les hablará del tema, a estas tres cosas, porque hablar de ellas es hablar de oración, de vivir en relación.]

No vamos a entrar en ellas ahora, basta que recordemos que la lealtad, la franqueza, la honestidad y el deseo de estar, son cosas que se pueden cultivar y sin las que nadie conserva una amistad. Y, por supuesto, la libertad, la elección personal; porque sin libertad, no existen auténticas relaciones. Aunque todo esto, se da siempre en progresión.

2) Conocimiento e identidad.

Romano Guardini decía: «Para mí mismo no solo soy obvio, sino también sorprendente, enigmático, incluso: desconocido». Teresa lo explicaba así: «Veo secretos en nosotros mismos que me traen espantada muchas veces; y, ¡cuántos más debe haber!» (4M 2, 5) y aún añadía que «jamás nos acabamos de conocer, si no procuramos conocer a Dios» (1M 2, 9). Solo en el infinito, en la mayor grandeza que es Dios, podemos acabar de conocer quiénes somos.

La relación con Dios nos abre un camino de identidad. Nos permite saber quiénes somos, en movimiento. Teresa define la humildad como «andar en verdad». El conocimiento que se abre en compañía de Dios es de este tipo: es la verdad en movimiento. Lo de Dios nunca es estático, nunca fija; puede dar raíces, para no vivir a merced de todos los vientos, pero no retiene ni estanca.

Es lo mismo que sucede con las relaciones humanas auténticas, no fijan ni inmovilizan, permiten evolucionar.

Por eso, Teresa dirá que orar es «entender verdades» y las verdades a las que se refiere son la verdad de Dios y la de verdad de nosotros.

La verdad de Dios. Dios es el que «habla al corazón», el que «de buena gana se está con nosotros», sin forzarnos. El que anda «mirando y remirando por dónde» entrar en conversación con nosotros. Conocer a Dios es saberle «amigo de amigos».

Y la verdad de nosotros: estamos hechos para disfrutar la amistad; somos lo que podemos «tener conversación no menos que con Dios», y hemos de recordárnoslo. Somos los que no estamos huecos por dentro, los que tenemos un «huésped divino».

La verdad que hay que entender es que Dios está dentro de todos y es posible vivir en amistad con Él. Eso es puro evangelio. Vale la pena escuchar a Teresa:

«Entender esta verdad, y ver que no ha menester para hablar con su Padre eterno ir al cielo, ni para regalarse con Él, ni ha menester hablar a voces. Por paso [bajito] que hable, está tan cerca que nos oirá; ni ha menester alas para ir a buscarle, sino ponerse en soledad y mirarle dentro de sí y no extrañarse de tan buen huésped; sino con gran humildad hablarle como a Padre, pedirle como a Padre, contarle sus trabajos, pedirle remedio para ellos» (C 28, 2).

Es bueno cultivar un cierto instinto espiritual. Del mismo modo que al hablar de oración, automáticamente tendríamos que pensar en relación, al hablar de humildad, tendríamos que pensar en la verdad.

Cuando Teresa dice que hablemos a Dios con gran humildad, está diciendo que le hablemos con gran verdad, con toda la sinceridad que podamos alcanzar. A Dios le pierde la honestidad, tiene debilidad por la sinceridad de corazón.

«Es muy amigo (que) tratemos verdad con Él; tratando con llaneza y claridad, que no digamos una cosa y nos quede otra» (C 37, 4), Dios siempre escucha.

Pensemos cómo oramos y qué encontramos en nuestra oración. Cuando Teresa habla de mirar hacia dentro, de descubrir ahí a Dios, dice que consuela mucho al «comenzar a tener oración (que) hallamos con quién hablar, y parece entendemos nos oye por los efectos y sentimientos espirituales que sentimos de gran amor y fe... con ternura» (V 27, 4).

Y dice algo más: cuando esa oración es verdadera y se pone la vida como una carta boca arriba, junto a este Amigo que nos oye... sucederá también que, en ocasiones, nos devuelva una imagen que no queremos ver y nos enseñe una verdad que rechazamos. Teresa, a veces, ante las dificultades y las discrepancias con sus consejeros, quería refugiarse o más bien esconderse en la oración y decía: yo me quería «consolar en la oración y hallaba allí la reprensión verdadera».

Cuando una relación es auténtica, hace verdad. Consuela y reprende, sostiene y despierta.

3) La gratuidad.

El tercer punto sería el de la gratuidad. En ella se entra paso a paso.

Lo primero es volver a recordar que la oración es un asunto de amor y amistad. Y que eso no significa que tenga que ser muy afectiva, puede que lo sea y puede que no. Pero Dios, decía Teresa, quiere amistades. No quiere siervos, ni empleados o funcionarios de cualquier tipo. Dios quiere amigos, quiere amadores.

Se pueden dar tres pasos para crecer en la gratuidad; los resumo muy brevemente:

El **primero** sería buscar al Amigo (a Dios) por lo bueno que es. Dirá Teresa:

«Creedme, mientras pudiereis, no estéis sin tan buen amigo. Si os acostumbráis a traerle cabe vos [junto a vosotros], y Él ve que lo hacéis con amor... no os faltará

para siempre; ayudaros ha en todos vuestros trabajos; tenerle heis en todas partes. ¿Pensáis que es poco un tal amigo al lado?» (C 26, 1).

El **segundo** sería buscar al Amigo por lo que aporta su presencia a la vida, porque estando con Él, se imprime el amor en el corazón y como «amor saca amor», la vida se transforma: junto al Amigo, nos volvemos amigables y verdaderos, nos hacemos discípulos.

«Pues juntaos cabe este buen Maestro, muy determinadas a aprender lo que os enseña, y su Majestad hará que no dejéis de salir buenas discípulas, ni os dejará si no le dejáis. Mirad las palabras que dice aquella boca divina, que en la primera entenderéis luego el amor que os tiene, que no es pequeño bien y regalo del discípulo ver que su maestro le ama». (C 26, 10)

El **tercer** paso es el momento en el que se deja de buscar algo, se abandona la utilidad de las cosas. Es el momento en que el acento de la vida se desplaza totalmente, es la respuesta de los grandes amigos. Se ora por nada, por puro amor, gratuitamente, por «contentarle» a Él. Porque se ha descubierto que «tiene en tanto que le volvamos a mirar», que ya no se puede dejar de mirarle.

Teresa deja caer palabras como estas: estar con Él «para dar(le) recreación... por amor de servir siempre».

Estos tres momentos no son como una línea continua, hay momentos para todo y ocasiones en las que se da todo a la vez.

Con todo esto, se ve cómo en el amor está la posibilidad de orar y, al mismo tiempo la dificultad. El problema de la oración es el amor, la calidad del amor. Si funcionamos con un yo muy grande, a la amistad, al amigo le queda muy poco espacio. Cuando estamos muy ocupados en nosotros mismos, difícilmente podemos ocuparnos de los demás.

Las señales del amor, de la amistad son clarísimas. Hay amistad cuando se procura el bien de la persona querida y cuando se entra en la dinámica que propone Teresa: «Hacer un concierto... que mire yo a mi Amado y mi Amado a mí; y que mire Él por mis cosas, y yo por las suyas!» (MC 4, 8).

UN PAR DE CONTRADICCIONES

Anoto aquí dos pequeñas contradicciones que no lo son, en realidad, pero ayudan a iluminar cómo, en la oración, se pone todo en juego.

1) Misteriosamente humana

La primera la hemos visto en parte: la oración es misteriosamente humana, es un misterio y algo profundamente humano, a la vez.

Como hemos dicho, no oramos porque sea importante, aunque lo es mucho. Y no oramos porque el mundo esté lleno de necesidad, aunque mantenemos nuestra intercesión. Pero la oración es un misterio, porque el Dios próximo y amigo es misterio para nosotros.

Dios es más de lo que logramos pensar. Oramos porque hay un misterio sin resolver dentro de nosotros. Porque hay algo prendido que no se suelta ni nos suelta, y ese algo es Dios que siempre está aguardando dentro de nosotros, como una llamada más honda en la propia vida. Con Dios, siempre hay más. Juan de la Cruz decía que 'siempre se puede entrar más adentro'.

Y Schilleebeckx apuntaba que el misterio de una persona nunca puede agotarse con palabras; pues mucho menos podrá agotarse el misterio de Dios y esto nos deja una puerta inmensa, siempre abierta, entre Dios y nosotros.

Además, este misterio es lo más humano que hay en nosotros. Orar es poner en marcha, hacer fluir lo más profundo y verdadero de nosotros, que es la capacidad de vivir en relación, de comunicarnos y de compartir la vida.

Visto así, se puede sentir un gran descanso. Orar es posible, porque es hacer algo muy nuestro, muy humano, que es lo único que nosotros podemos hacer: cosas humanas.

2) El tiempo

La segunda contradicción es la cuestión del tiempo. Teresa también habló de tiempo, de poder estar «muchas veces tratandola solas con quien sabemos nos ama». De cuánto importa que dediquemos tiempo a orar y de qué poco importa el tiempo que dedicamos. Y no hay contradicción en ello.

Hemos recordado que Teresa decía que solo por procurar un pequeño espacio y un poco de tiempo para que Dios estuviera con ella, se remediaron sus males. Es importante percibir la inversión que hace: es frecuente, al orar, ir a estar con Dios, pero Teresa recuerda que lo esencial de la oración es permitirle a Él estar con nosotros y darse.

Merece la pena leer bien este texto porque la experiencia de Teresa (que será la nuestra también, en muchas ocasiones) es que la oración es el espacio donde se rehace nuestro interior. El espacio que crea espacio en nosotros.

Se ve claro que por aquí se remediaron todos mis males, ¿qué persona, por malo que sea, podrá temer?... ¿Ni quién podrá desconfiar, pues a mí tanto me sufrió, solo porque deseaba y procuraba algún lugar y tiempo para que estuviese conmigo? y esto muchas veces sin voluntad, por gran fuerza que me hacía, o me la hacía el mismo Señor... los que sirven a Dios y le quieren servir ¿por qué lo han de dejar? Por cierto, si no es por pasar con más trabajo los trabajos de la vida, yo no lo puedo entender, y por cerrar a Dios la puerta para que en ella no les dé contento... a los que tratan la oración, el mismo Señor les hace la costa. (V 8, 8)

Nosotros somos tiempo y espacio. Juan de la Cruz lo decía muy claramente: solo entendemos vías de carne y tiempo. Y Dios ha querido hablar nuestro mismo lenguaje: un lenguaje de tiempo, espacio y carne. Por eso le importa que le busquemos por esa misma vía, que procuremos tiempo para estar con Él, porque no existe relación sin tiempo. Ni con Dios ni

con los demás, olvidémonos de que pueda ser de otro modo. Si queremos relación, queremos tiempo.

Y, sin embargo, no está la cosa en el tiempo que empleamos en orar. A veces en un instante mínimo Dios se revela y nos da la luz necesaria o la paz y la fuerza para vivir movidos por su Espíritu. Eso es algo que también se experimenta en las relaciones personales, hay momentos breves e intensos que hacen fuerte la amistad.

Recordemos lo que Teresa decía a su hermano Lorenzo, porque donde él se ocupaba de la hacienda de sus hijos, nosotros nos ocupamos en mil tareas pastorales, comunitarias, profesionales o familiares:

«No piense que cuando tuviera mucho tiempo tuviera más oración. Desengañese de eso, que tiempo bien empleado, como es mirar por la hacienda de sus hijos, no quita la oración. En un momento da Dios más, hartas veces, que con mucho tiempo; que no se miden sus obras por los tiempos».

Y seguirá insistiendo:

«Aun en las mismas ocupaciones (podemos) retirarnos a nosotros mismos. Aunque sea por un momento solo, aquel acuerdo de que tengo compañía dentro de mí, es gran provecho.

En fin, irnos acostumbrando a gustar (de) que no es menester dar voces para hablarle, porque su Majestad se dará a sentir cómo está allí.

Traer cuenta que puede, si quiere, nunca se apartar de tan buena compañía». (C 29, 5-7)

Hay una fuerte insistencia en dejar una relación que coloque a Dios fuera de nosotros, que se apoye en hacer cosas. Y, después, Teresa, consciente de la impaciencia humana, porque lo había experimentado en sí misma, sabiendo que la desconfianza acecha siempre, añade:

«Pues nada se aprende sin un poco de trabajo, por amor de Dios, hermanas, que deis por bien empleado el cuidado que en esto gastareis; y yo sé que si lo tenéis, en un año y quizá en medio, saldréis con ello, con el favor de Dios. Mirad qué poco tiempo para tan gran ganancia», como es vivir conectados a Dios. (C 29, 8)

Teresa dio muchas vueltas al asunto del tiempo y le costó entenderlo justamente. Decía que le daba pena verse con poco tiempo y que se compadecía de las personas que andaban en mil ocupaciones, porque creía que la vida interior se diluía así. Hasta que entendió que ni mucho ni poco tiempo es la respuesta. Sino vivir vueltos a Dios, descubrirle dentro, entrar en ese espacio y dejar en sus manos el camino. Y ese camino, y mil ocupaciones que pueda haber, nunca mermará el encuentro entre Dios y nosotros, nunca se convertirá en una excusa para no orar, sino todo lo contrario.

«Créanme, que no es el largo tiempo el que aprovecha el alma en la oración, que, cuando le emplean tan bien en obras, gran ayuda es, para que en muy poco espacio

tenga mejor disposición para encender el amor que en muchas horas de consideración». (F 5, 17)

EL AMOR

Volvemos al tema esencial, que es el del amor. Juan de la Cruz decía que el único lenguaje que Dios entiende es el del callado amor.

Señalo dos cosas: una es que el amor es lo único que nos une a Dios (único quiere decir que todo lo demás, no nos une a Él. Puede que sea bueno en otros sentidos, pero no nos une a Dios) y, la otra es que todos estamos preparados, como de fábrica, para vivir en el amor.

«Quiero que estéis advertidas que, para aprovechar mucho en este camino [de oración]... no está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho; y así lo que más os despertare a amar, eso haced.

Quizá no sabemos qué es amar, y no me espantaré mucho; porque no está en el mayor gusto, sino en la mayor determinación de desear contentar en todo a Dios y procurar, en cuanto pudiéremos no le ofender y rogarle que vaya siempre adelante la honra y gloria de su Hijo [y el aumento de la Iglesia Católica]. Estas son las señales del amor, y no penséis que está la cosa en no pensar otra cosa, y que si os divertís un poco, va todo perdido». (4M 1, 7)

Orar es «estar con Él», es pegarse a su vida y llevar adelante el proyecto de Jesús; eso significa lo de que «vaya adelante la honra del Hijo de Dios».

Por eso, el problema de distraerse en la oración o sentir que no se reza bien a veces o con desgana, el no tener meditaciones que parezcan muy profundas... todo eso es completamente accidental. El amor es lo que define la oración y el ser espirituales.

Teresa de Jesús y Juan de la Cruz comparten una idea esencial: que no hay cosas espirituales sino personas espirituales. No es más espiritual hacer un poco de oración que preparar unos documentos o hacer la compra. No es más piadoso celebrar la Eucaristía que limpiar la casa o acompañar a alguien al médico... y así mil ejemplos.

Hay personas espirituales, es decir, que han entrado en el camino del Espíritu, en el camino del amor, de modo que cuanto hacen es espiritual. Y hay personas que, no entrando por ese camino, da igual lo que hagan, porque no será espiritual.

Basta decir que hay personas que lo que tocan lo dejan sembrado de vida, que lo que hacen está envuelto en amor y que a donde se arriman generan bienestar, ese que da libertad para estar bien. Teresa dirá:

«En qué está la sustancia de la perfecta oración... algunos he topado que les parece está todo el negocio en el pensamiento, y si este pueden tener mucho en Dios... les parece que son espirituales; y si se divierten (distraen)... aunque sea para cosas buenas, luego les viene gran desconsuelo y les parece que están perdidos». (F 5, 2)

E inmediatamente dice que todos somos hábiles para amar, y repite que «el aprovechamiento del alma no está en pensar mucho, sino en amar mucho». Enseguida pregunta: «¿Cómo se adquirirá este amor?», y la respuesta no tiene pérdida: servir, seguir la obediencia de la vida, cada quien la que corresponde a su modo de vivir y pone como modelo la vida de Jesús, de modo que termina citando el evangelio: «Lo que hicisteis por uno de estos pequeñitos, hacéis por mí». Así se adquiere el amor.

Hemos empezado viendo que al pensar en la oración, la pregunta debe ir dirigida a cómo se vive la amistad. Ahora lo retomamos. La pregunta de la oración siempre va a ser una pregunta por la comunión de vida, por la amistad, por el amor. Lo único que realmente distrae es el egoísmo, eso es lo que enfría el alma. Porque impide estar con el otro, sea en mayúscula o en minúscula. Por eso, Teresa dirá:

«El verdadero amante en toda parte ama y siempre se acuerda del amado. ¡Recia cosa sería que solo en los rincones se pudiese traer oración! Ya veo yo que no puede ser muchas horas; mas, ¡oh, Señor mío!, ¡qué fuerza tiene con Vos un suspiro salido de las entrañas!». (F 5, 16)

SENTIR A DIOS Y HABLAR A DIOS

Teresa entendió que estamos hechos para la alegría. Decía que es «capaz el alma para gozar mucho» y que Dios está empeñado en darnos su alegría.

Dios es fuego y se deja sentir, sentir de verdad: «De veras digo gustos, una recreación suave, fuerte, impresa, deleitosa, quieta» y no habla de estados de ánimo mejores o peores. No habla de «unas devocioncitas del alma, de lágrimas y otros sentimientos pequeños» que por cualquier cosa se desvanecen, sino de un amor verdadero e intenso.

Es el 'gusto' profundo que expresaba preciosamente Benjamín González Buelta, cuando escribía: «Cuando me llamas por mi nombre, ninguna otra criatura vuelve hacia ti su rostro en todo el universo. / Cuando te llamo por tu nombre, no confundes mi acento con ninguna otra criatura en todo el universo». El gusto profundo de reconocerse los amigos.

Por eso, a Teresa le molestaba el «seso demasiado», esa prudencia que sirve para parapetarse, para no dejar que queme Dios por dentro y lleve a dar calor a todos. Porque los gustos de Dios, siempre reparten calor.

Incluso, frente a la pasión de Jesús, en vez de caer en algún tipo de dolorismo, Teresa comprende algo impresionante. Un Domingo de Ramos, orando, entendió estas palabras:

«Hija, yo quiero que mi sangre te aproveche, y no hayas miedo que te falte mi misericordia; Yo la derramé con muchos dolores, y gózasla tú con tan gran deleite como ves... pésame de lo que padeces». (CC 13)

Teresa entendió aquel: «Yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante» (Jn 10, 10), yo he hecho este camino para que tú vivas. Y se asombró al descubrir a Jesús conmovido con ella; ese «me pesa lo que padeces», que Jesús dice a todos y que da la fuerza necesaria para seguir.

A este Dios amigo, que se conmueve con nosotros es al que podemos hablar de verdad.

Hablar a Dios significa bendecirle y agradecerle la vida y cuanto hay en ella, significa esperarle y amarle con todo el corazón y con todas las fuerzas, significa buscarle en toda circunstancia y alegrarse con Él por cada gesto que lo hace presente, y significa también soportar el silencio en su presencia sin escapar de él, sin inventar componendas que hagan más llevadera esa oscuridad, esa absoluta simplicidad de la fe. Hablar a Dios puede ser sumergirse en su silencio e intentar descubrirle donde aparentemente no está.

BARTIMEO: EL DESEO DE VER

Hay un evangelio que puede acompañar muy bien la oración de este tiempo porque habla de una idea que comparte el camino de la cuaresma y el de la oración. En ambos se da unatención profunda que, además, era una de las grandes preocupaciones de Jesús: el tema de la luz, la necesidad de ver. El problema de la ceguera.

Siguiendo los evangelios de los domingos de cuaresma, uno de los hilos conductores es este: romper la ceguera... una ceguera capaz de matar, que llevará a Jesús a la muerte. Es así de fuerte y de peligrosa la ceguera. También para nosotros, aunque no llevemos a la muerte física a nadie. Pero la ceguera endurece y aísla. Cierra en la propia carne.

Por eso, el evangelio de Bartimeo (Mc 10 46, 52) es una gran clave para orar en cuaresma. Es un evangelio que enseña a orar y que sostiene, a la larga, la oración.

Con este evangelio nos descubrimos necesitados –todos tenemos alguna ceguera y alguna pobreza–, todos somos ciegos y mendigos en algún sentido. Con este evangelio se espera a Jesús, que siempre pasa; se aprende a permanecer invocando su nombre; se crea la confianza para pedirle la luz y se escucha algo tan impresionante como: ¿qué quieres que haga por ti? El evangelio nos enseña a ponernos de pie, a abrir los ojos y a seguirle. Eso es el camino de la oración.

SOLIDARIDAD: ENTRAR EN LA CORRIENTE

Una última nota sobre evangelio de Bartimeo: la muchedumbre. Con ella entramos en el tema de la solidaridad, en la importancia de entrar en la corriente de solidaridad.

La muchedumbre que rodea a Bartimeo dice una cosa impresionante: «Ánimo, levántate, que te llama». Imaginémosnos formando parte de esa muchedumbre, andar por la vida así, animando, levantando, haciendo visible la llamada de Jesús, que es continua en la vida. ¡Qué cambio provocaría andar así!

Edith Stein hablaba, también, de una muchedumbre, de una corriente de vida de oración en la que podemos entrar, y decía:

«La corriente vivificante de la vida mística permanece, en gran parte, invisible. Seguramente los acontecimientos decisivos de la historia del mundo fueron esencialmente influenciados por almas sobre las cuales nada dicen los libros de

historia. Y cuáles sean las almas, a las que hemos de agradecer los acontecimientos decisivos de nuestra vida personal, es algo que solo experimentaremos en el día en que todo lo oculto será revelado».

Nosotros venimos de una corriente y formamos parte de ella y estamos llamados a dar vida de esta manera a los demás. Solidaridad también es ser parte activa en esta corriente. La vida de oración, cuando realmente lo es, es en sí misma solidaria.

Orar es entrar en la corriente de la que habla Edith y esa corriente es la que, incesantemente, repite algo que ha escuchado, y eso es: ¡Ánimo, levántate, Él te llama!

Antes hemos dejado suspendido este texto: «Hacer un concierto, que mire yo a mi Amado y mi Amado a mí; y que mire Él por mis cosas, y yo por las tuyas!» (MC 4, 8). Entrar en la corriente es eso: que Él mira por mí y yo por lo suyo y por los tuyos. Por eso, Teresa añadirá: «Mientras más adelante están en esta oración y regalos de nuestro Señor, más acuden a las necesidades de los prójimos» (MC 7, 8).

Entrar en la corriente y hacer lo que aquella muchedumbre, sabiendo que con gestos pequeños podemos expresar mucho amor, que lo que hacemos por los demás cotidianamente es un modo profundo de fidelidad, que la oración paciente crea espacio y crea amistad para nosotros y para los demás y que persistir en lo bueno, crea Resurrección a nuestro alrededor.

AMIGOS Y ARREGLOS

Una palabra sobre amigos y arreglos.

Para la oración no existen las recetas ni los genéricos, porque no existen para la amistad. Todos somos amigos únicos de nuestros amigos, como nuestros amigos lo son de nosotros. Y si fuéramos algo general para Dios, no estaríamos cómodos. Pero también es cierto que compartir es una ayuda.

Teresa, en sus comienzos, formó un grupito pequeño y muy variado. Se reunía con un seglar, con un dominico, con una viuda joven y con un sacerdote. Y decía que procuraban juntarse de vez en cuando «para desengañar unos a otros, y decir en lo que podríamos enmendarnos y contentar más a Dios» (V 16, 7). Se juntaban para ayudarse a orar.

Se pueden compartir los arreglos, siempre provisionales, con los que se ora. Los apaños que inventamos para seguir orando, para mantenernos. Eso siempre es muy iluminador porque unos a otros nos estimulamos y nos inspiramos.

Están los grandes consejos, como pueden ser: la soledad: «Procurar estar a solas» de vez en cuando, para saber que Él está con nosotros y el enamorarse, el tomar amor a estar en la propia casa, que es donde Él está: «Miraos al corazón...si tomáis esta costumbre de estaros con Él», creceréis en el amor.

Aparte de esto, Teresa recomienda cosas como tener un 'ánimo animoso' y 'gran confianza', andar con anchura y libertad, o hacer pequeños actos de amor. Y nada de encogimientos o apretamientos, eso no es del Espíritu.

Lo bueno, y hasta necesario, es compartir lo que nos ayuda a mantenernos en la amistad, en la oración.

EN TODA OCASIÓN

San Pablo animaba en una de sus cartas a orar sin cesar (1Tes 5, 17). ¿Cómo sería eso posible? Teresa dice «Rece como pudiere», es decir, reza como puedas, estate con Él como sea, sé amigo, hasta donde te sea posible en cada momento. Y eso, en los dos sentidos que podemos entender: reza como puedas cuando estás a solas con Dios y reza como puedas cuando estás en medio de todas las cosas. Así se ora sin cesar.

Por eso, en el camino de amistad hay tiempo para todo, porque la vida da muchas vueltas y las necesidades y posibilidades varían continuamente, porque los caminos no son lineales.

Teresa dice que hay oración de esfuerzo y confianza, que hay oración de intimidad, oración de abandono y oración de comunión profunda, donde todo es silencio. Hay un momento en la vida en que Dios y nosotros nos encontramos en todo, en un silencio muy hondo que no quiere ninguna palabra.

Podría haber dicho más formas de orar y por eso decía lo que hemos visto antes: que en la oración hay que hacer aquello que en cada momento despierta más la amistad y el amor. No lo que nos da más gusto, porque el gusto no es el sabor profundo. A veces, será con gusto y a veces sin él.

Hemos de orar con realismo y autenticidad. Con mucha ironía, decía en una ocasión a sus hermanas: «No me estéis hablando con Dios y pensando en otras cosas», no cumpláis, porque eso no sirve para nada.

Reza como puedas, ten trato con Él: «Tratad con Él como con padre y como con hermano y como con señor y como con esposo»... «Mirad que no está aguardando otra cosa... sino que le miremos; como le quisieris, le hallaréis. Tiene en tanto que le volvamos a mirar, que no quedará por diligencia suya» (C 26, 3).

Solo hay una cosa imprescindible en este camino, algo que no es recambiable: Jesús. Teresa lo dice mil veces, batalló con los teólogos que fue necesario, contra las corrientes que la rodeaban... Jesús no es negociable porque Él es en sí mismo nuestro camino de amistad y sostiene siempre nuestra oración:

«Es larga la vida y hay en ella muchos trabajos y hemos menester mirar a nuestro dechado, Cristo, cómo los pasó... Es muy buena compañía el buen Jesús... Cuánto más, hijas, que no es tan ordinario el regalo en la oración, que no haya tiempo para todo». (6M 7, 13)

Necesitamos el arrimo humano de quien conoce y ha hecho nuestro camino y ha sufrido nuestra misma debilidad y necesidad.

CONCLUSIÓN

Cuando hablamos de oración, siempre nos ocupamos mucho de nosotros. Qué haremos o dejaremos de hacer y cómo y cuándo y mil cosas. Teresa decía:

«Siempre oímos cuán buena es la oración y tenemos de constitución tenerla tantas horas y no se nos declara más de lo que podemos nosotras; y de cosas que obra el Señor en un alma declárase poco». (1M 2, 7)

Por eso, ella insiste en que se procure entender otra cosa: «El particular cuidado que Dios tiene de comunicarse con nosotros y andarnos rogando, que no parece esto otra cosa, que nos estemos con Él» (7M 3,9).

Me gusta siempre definir la mística con unas palabras de Teresa que son muy transparentes y que nos dicen qué es la oración: «Lo que hace su Presencia». Y su Presencia obra siempre y hace bien.

Entre las mil ocupaciones de la vida, a veces pasa de largo lo más verdadero y olvidamos la maravilla que hay en nuestras manos, pero siempre estamos a tiempo de disfrutar de tan buen amigo, que nunca falta, siempre estamos a tiempo de dejar que nos mire y mirarle.

La cuaresma puede ser esto, descubrir la invitación a no estar sin tan buen amigo, la invitación a mirarle:

«Si estáis alegre, miradle resucitado... Si estáis con trabajos o triste, miradle camino del huerto... o miradle cargado con la cruz...; miraros ha Él con unos ojos tan hermosos y piadosos, llenos de lágrimas, y olvidará sus dolores por consolar los vuestros, solo porque os vais vos con Él a consolar y volváis la cabeza a mirarle... No os pido ahora que penséis en él, ni que saquéis muchos conceptos, ni que hagáis grandes y delicadas consideraciones con vuestro entendimiento; no os pido más de que le miréis». (C 26, 4-5)



CENTRO ARRUPÉ
JESUITAS VALENCIA

.....
Inscripciones y consultas

centroarrupe@centroarrupe.com
.....

Toda la información **actualizada** en
www.centroarrupevalencia.org
.....

